

Memoria, experiencia y subjetividades en las culturas contemporáneas¹

Resumen

Los análisis relacionados con la problemática del sujeto y la subjetividad han cobrado relevancia en el campo del pensamiento social en las últimas décadas, como parte de las tentativas de comprender las sociedades y las culturas contemporáneas. Dentro de este contexto se abre paso una perspectiva que resalta la importancia de pensar conjuntamente las categorías relacionadas con la experiencia humana y las diversas formas de institucionalización de lo social, así como las distintas modalidades de configuraciones culturales desarrolladas por los grupos humanos en su diario transcurrir y en su devenir histórico. En este ensayo se abordan algunas reflexiones en torno a esta problemática con el propósito de elucidar el lugar que ocupan los sujetos en la dinámica social, la constitución de subjetividades y los procesos de subjetivación, señalando su articulación con categorías como experiencia, prácticas, sentido, memoria y narración, entre otras.

Palabras clave: sujeto, subjetividad, memoria, cultura, experiencia, narración.

Summary

The analysis related to the subject and subjectivity issues have been very relevant in the social thought field in the last decades as part of the tentative around contemporary societies and cultures. In this context there is a perspective that emphasizes the importance of thinking the categories related to human experience and the different ways of establishing the social aspects, just like different ways of cultural set ups by the human groups in their daily life and history. In this essay we talk about this problem to discover the place that the subjects occupy in the social dynamic, the constitution of subjectivities and their processes, pointing at its articulation with categories such as experience, practices, sense, memory and narrative, among others.

Key words: subject, Subjectivity, Memory, Culture, Experience, Narration.

Contrariamente a la tradición del cogito y a la pretensión del sujeto de conocerse a sí mismo por intuición inmediata, hay que decir que sólo nos comprendemos mediante el gran rodeo de los signos de la humanidad depositados en las obras culturales.
Ricoeur (2001)

Introducción

Uno de los temas/problemas que ha cobrado importancia en las discusiones dadas en el campo del pensamiento social en las últimas décadas ha sido el del sujeto y la subjetividad, como parte de las tentativas de comprender las sociedades y las culturas contemporáneas. De esta manera, se ha querido restituir el papel de los individuos en el agenciamiento de las instituciones sociales, y por ello se han cuestionado elaboraciones en las que la realidad social estaba conformada por estructuras ausentes de seres humanos y a cuyas lógicas estos debían someterse.

Estas discusiones señalaron también la insuficiencia de acercamientos hermenéuticos, en los cuales el individuo era amo y señor de sus significaciones culturales y de sus decisiones en el campo de la vida y la acción social. Tratando de resolver estas dificultades una tercera perspectiva ha intentado mostrar la permanente tensión entre lo social y lo individual para el análisis de la realidad social, así como la importancia de su abordaje en cuanto categorías que forman parte de una unidad irreductible.

En esta dirección, se resalta la centralidad de la experiencia para entender las prácticas sociales y las

formas de constitución de la subjetividad; se destaca el papel de la memoria y de la narración para su articulación y procesamiento. Lo anterior partiendo del presupuesto de las profundas imbricaciones entre subjetividad, estructura y acción social, como dimensiones constitutivas de la realidad social.

En este ensayo se exponen algunas reflexiones asociadas con esta problemática, abordando el sujeto y la subjetividad como categorías insertas dentro de dinámicas culturales. En segundo lugar, se introducen algunas ideas en torno a la experiencia y sus articulaciones con la subjetividad, así como del papel que desempeñan la memoria y la narración en su estructuración. En un tercer momento concluimos con algunas ideas en relación con los procesos de constitución de la subjetividad y el lugar que allí puede cumplir una pedagogía de la memoria y de los aprendizajes sociales.

Sujeto y subjetividad dentro de la dinámica cultural

El abordaje de problemas y de categorías relacionadas con el sujeto, los procesos de subjetivación y la constitución de subjetividades requieren como referente el que estas no sean categorías sustantivas ni hagan

1 El presente ensayo se inscribe dentro de la investigación Pensar en público: los laberintos de la memoria en la formación y los aprendizajes políticos y éticos en situaciones de conflicto, llevada a cabo por los grupos de investigación Educación y Cultura Política (Universidad Pedagógica Nacional); Moralía y Representación, Universidad y Ciudadanía (Universidad del Tolima), y Lenguaje, Ética y Política (Universidad Javeriana); Focus (Universidade Estadual de Campinas, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro de Buenos Aires).

parte de procesos que se dan en el vacío, sino que tengan como marcos referenciales las sociedades y las culturas donde están ancladas. La preocupación por los seres humanos, sus características, así como el lugar que ocupan en las elaboraciones conceptuales en torno a la sociedad y a la cultura, han conducido a búsquedas relacionales en distintas tradiciones del pensamiento social, aunque se les hubiera abordado desde diferentes enfoques y distintas denominaciones:

Ese ámbito que hoy denominamos subjetividad representa algo así como el espacio en el que discursos vierten sus determinaciones para configurar esa categoría más amplia que denominamos sujeto. Con otros términos: nuestro supuesto es el de que, cuando los sociólogos hablan de individuo y piensan sus rasgos característicos, los éticos a lo largo de su reflexión moderna y contemporánea, se sirven de la noción de identidad moral, los antropólogos reflexionan sobre las condiciones necesarias para reconocerle a alguien la condición de persona, determinados filósofos contemporáneos se refieren a la conciencia, o cuando los psicoanalistas tematizan el yo, están prefigurando, anunciando las determinaciones del concepto. Eso obviamente no significa que hoy dispongamos de una imagen unívoca o coherente del sujeto: significa tan sólo que las diversas determinaciones con las que lo entendemos tiene ese variado origen discursivo. (Cruz, 1996: 15-16)

Podría decirse que los miembros de una sociedad experimentan o experimentan procesos de individuación a través de los cuales se configuran como sujetos específicos en un movimiento pendular incesante, por medio de la cual se apropian, recrean y reelaboran, a través de prácticas sociales y de su interacción con los otros sujetos las significaciones culturales que les permiten comprender y procesar

sus experiencias, darles sentido a sus actuaciones y delimitar los términos de sus interacciones sociales.

Según Serna y Pons, la cultura se comprende como un “repertorio de códigos o de convenciones”, como un “depósito de reglas y significados, que dan un sentido a nuestra vida y nos dotan de instrumentos para resolver nuestras relaciones con el medio” (2005: 10). De esta manera, sus subjetividades se van modulando a la luz de complejos dispositivos de subjetivación por medio de los cuales los individuos se constituyen en determinado tipo de sujetos en contextos históricos y culturales específicos, sin querer decir en ningún momento que se llega a ser sujeto de un modo definitivo. En verdad, el término que mejor expresa esta idea es el de *devenir*, por cuanto alude a la constitución del sujeto como un proceso permanente, dinámico e inacabado, en constante interacción con la cultura.

Para señalar las diferentes dimensiones y escenarios en los que se modulan las subjetividades, Alfredo de la Garza se refiere a campos de la subjetividad como espacios que “contienen elementos acumulados para dar sentido socialmente, no a través de la identificación de códigos que reduciría la subjetividad a la cultura, sino como proceso que se incorpora a los códigos acumulados creando configuraciones subjetivas para la situación concreta” (2001: 14). Así, el autor delimita campos como:

... el del conocimiento, en tanto cognición y que incluye la información, su jerarquización; el de las normas y valores a la manera de las teorías tradicionales de la cultura; el del sentido estético; el del sentimiento como fenómeno social; y el del razonamiento cotidiano. El discurso podría sintetizar lo antes dicho, expresarlo como producto subjetivo, pero toda síntesis es simplificación y con ello pérdida de significado. (Garza, 2001: 14)

Anthony Guiddens elabora, desde la tradición sociológica, una teoría social en la que busca abordar la

comprensión de las prácticas sociales desde una relación dinámica, para lo cual se apoya en el concepto de estructuración, el cual le permite articular la agencia humana con la construcción de las estructuras sociales, ya que estas sólo cobran sentido a través de las prácticas de los sujetos y de sus acciones cotidianas. En este sentido, para este autor, más que una división tajante entre estructura y sujeto, se trata de una dualidad estructural que hace parte de una misma unidad y cobra sentido en las prácticas o, como él dice, en la praxis (Guiddens, 2003). Este tipo de planteamientos también han sido acogidos de diversas maneras por pensadores provenientes de otras corrientes como Ricoeur, Foucault, Derrida, Chartier, Martín-Barbero, Lechner o, dentro del mismo campo de la sociología, de Elias y Bourdieu.

En verdad, puede decirse que son muchas las aproximaciones y los debates dados en torno a lo que sería una definición de las categorías de sujeto, subjetividad y subjetivación, que mostrarían las dificultades de encontrar respuestas esclarecedoras al respecto, lo cual, más que una heterodoxia, es el indicativo de que este es un tema álgido dentro del pensamiento social y sobre el cual habrá que seguir haciendo elaboraciones sistemáticas en las próximas décadas. No obstante, lo que nos interesa dejar en claro en este apartado es la pertinencia de pensar lo social y lo individual de manera conjunta y en el marco de la cultura y de la dinámica social a la luz de contextos históricos específicos.

Experiencia, prácticas sociales y subjetividad

Dentro de este escenario de reflexión intelectual, los conceptos de práctica y experiencia, así como el de identidad, son categorías de análisis que, al igual que la de sentido, son muy utilizadas para tratar de comprender los mecanismos de constitución de sujetos, las identidades sociales, las subjetividades y los procesos de subjetivación. Por lo general, a través de estos conceptos se van dilucidando algunos de los planteamientos de los autores en torno a esta problemática. Veamos algunos de estos elementos.

La estructuración de la experiencia del ser humano moderno está pautada para Foucault alrededor de tres ejes, de los cuales partió para su análisis sobre la sexualidad en Occidente, a los cuales alude en la introducción a su texto *Historia de la sexualidad en Occidente* y que delimita de la manera siguiente: "la formación de los saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos". Por eso el autor ha dicho un poco más arriba que entiende por experiencia "la correlación, dentro de una cultura, entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad" (Foucault, 1984: 8). Así, la experiencia modula la constitución del sujeto. Para Scott "no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia [...] Pensar de esta manera la experiencia es darle historicidad, así como dar historicidad a las identidades que produce" (2001: 49-50).

De este modo, la experiencia no se entiende como algo que puede ser leído por el sujeto de manera transparente, sino que requiere un proceso de interpretación, digamos que de una producción reflexiva de sus propias prácticas. En este proceso de construcción de subjetividad, el lenguaje es un aspecto determinante, en la medida en que a través de este nos constituimos como seres humanos capaces de incorporar y adecuar las particularidades culturales del entorno social donde hemos nacido o nos encontramos. Así, en el proceso de individuación, de constituirse sujeto, el recién nacido, o el recién llegado, incorpora la cultura en la misma medida en que incorpora el lenguaje que la nombra.

Al mismo tiempo, al ser el lenguaje un código cultural compartido y ser a través de este que se puede hablar de la experiencia, así como interpretar las propias prácticas y las de los demás, podemos decir que la experiencia es un fenómeno tanto colectivo como individual: "La experiencia es la historia de un sujeto. El lenguaje es el sitio donde se representa la historia. La explicación histórica no puede, por lo tanto, separarlos. (Scott, 2001: 65-66).

Así mismo, experiencia y práctica son conceptos complementarios, ya que los individuos y las sociedades están atravesados por un sinnúmero de prácticas que son las que de cierta manera articulan la experiencia. En términos foucaultianos, “son las prácticas concebidas como modos de actuar (prácticas de *poder*) y de pensar (prácticas de *saber*) las que ofrecen la llave de la inteligibilidad para comprender la constitución del sujeto” (Muñoz, 2007: 86).

En consecuencia, a partir del análisis de las prácticas concretas que se instituyen en lugares como la clínica psiquiátrica, la prisión o la escuela, Foucault rastreó distintas formas de individuación y dilucidó cómo se han constituido los sujetos en las sociedades occidentales, pues dentro de estas instituciones se instauran una serie de reglas, normas y disposiciones que interpelan a los individuos y ponen en marcha procesos de subjetivación que intervienen, a través de diferentes dispositivos, en la constitución de subjetividades.

Desde este punto de vista, “el sujeto se construye desde la exterioridad de las prácticas discursivas pero a la vez estas prácticas le impelen a reflexionar sobre su accionar y sobre su relación consigo mismo” (Varegas, 2002: 140). Desde esta perspectiva, “la ontología histórica de nosotros mismos, intenta dar cuenta de cómo las distintas prácticas constituyen al sujeto, construyen los objetos y fabrican los conceptos” (Varegas, 2002: 44).

Memoria, aprendizajes sociales, subjetividad y mundos posibles

Si buena parte de lo que somos como género humano tiene relación con la capacidad de acumular los conocimientos y los aprendizajes a lo largo de siglos y de complejos procesos de intercambio generacional, la memoria le ha permitido a la humanidad, tanto en sentido colectivo como individual, conservar, transmitir y recrear el bagaje social y cultural acumulado en el devenir histórico.

En este sentido, es pertinente señalar su papel como articuladora de los múltiples sentidos de la experiencia y de las prácticas sociales, así como de las

percepciones de temporalidad implícitas en dichos procesos y en el papel desempeñado por la narrativa (Ricoeur, 2002). Para Todorov “la cultura en el sentido que los etnólogos atribuyen a dicha palabra, es esencialmente algo que atañe a la memoria: el conocimiento de cierto número de códigos de comportamiento, y la capacidad de hacer uso de ellos” (2000: 22).

De esta manera, las prácticas de recuerdo y olvido se constituyen en mecanismos culturales selectivos que permiten a las sociedades y a los individuos dar sentido y continuidad a su existencia, pudiendo situar dentro de un mismo entramado las experiencias pasadas con las actuales, al tiempo que tener una proyección, una expectativa que avizore el horizonte futuro.

La experiencia es vivida subjetivamente y es culturalmente compartida y compatible. Es la agencia humana la que activa el pasado, corporeizado en los contenidos culturales (discursos en un sentido amplio). La memoria, entonces, se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura, en tanto hay agentes sociales que intentan ‘materializar’ esos sentidos del pasado en diversos productos culturales que son concebidos, o que se convierten en, vehículos de la memoria, tales como libros, museos, monumentos, películas o libros de historia. También se manifiesta en actuaciones y expresiones que, antes que re-presentar el pasado, lo incorporan performativamente. (Jelin, 2002: 37)

Sobre este aspecto, el de incorporar performativamente el pasado, una parte importante de la comprensión de las estructuras sociales y de la identidad se detiene en el estudio de los hábitos y de las prácticas corporales, así como de los rituales, puesto que a partir de ellos los individuos crean nociones acerca de sí mismos y de sus relaciones con el mundo y con los demás en el marco de la sociedad o grupo social al cual pertenecen. Las interacciones

entre estos diversos elementos están en la base de la creación de identidades y de su continuidad temporal.

En esta dirección, el historiador Paul Connerton (1996) nos indica la existencia de procesos de memoria individual y social que se llevan a cabo a través de interpelaciones que detonan más respuestas emocionales que racionales y donde, en algunos casos, opera la memoria-hábito y no la cognitiva, como parte de los mecanismos a través de los cuales las sociedades recuerdan, como es el caso de los rituales y conmemoraciones.

La memoria permite a los individuos y a los grupos dar sentido y organizar sus concepciones y prácticas sociales a través de las múltiples narraciones que llevan a cabo en torno a sí mismos, a los otros y a las experiencias sociales en las cuales están inmersos. Según Ricoeur: "en el plano más profundo, el de las mediaciones simbólicas de la acción, la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa" (2002: 115). El relato:

... además de constituirse en el lugar del encuentro intersubjetivo, sirve al designio de homogeneizar la experiencia, de seleccionar, de entre la pluralidad de intensidades que cada individuo percibe, las relevantes, las constituyentes del objeto. La experiencia viva no da conocimiento. El conocimiento lo obtenemos a través del relato, que se convierte de este modo en lo que los comunicólogos llaman referente primordial. (Cruz, 2002: 32)

En esta misma perspectiva, para Connerton "la narrativa de una vida es parte de un conjunto de narrativas interconectadas, está embebida en la historia de los grupos de los cuales los individuos derivan su identidad" (1996: 21). Las subjetividades han de ser pensadas no sólo desde el ángulo de las sujeciones y restricciones a la libertad, sino también desde el de las potencialidades, al tiempo que una

pedagogía de la memoria buscará potenciar de la mejor manera los recuerdos y olvidos individuales y sociales a favor de subjetividades reflexivas y críticas que se apropien de manera creativa del bagaje social acumulado y que sepan tomar distancia y desechar aquello que no consideren pertinente. Lo importante del análisis y comprensión de lo que somos en la actualidad cobra relevancia por el hecho de que nos impele a pensar por qué hemos llegado a ser lo que somos no sólo como individuos sino también como sociedades, y, en esta misma medida, podemos preguntar cómo dejar de ser aquello que los poderes estatuidos nos han impuesto como lo que deberíamos ser (Foucault, 1997).

En este plano, la utopía y los horizontes de futuro se constituyen en partes importantes de la temporalidad humana para mostrar, en el marco de múltiples posibilidades, el deseo y la voluntad de concebir mejores mundos posibles, donde la modulación de subjetividades individuales y colectivas estén marcadas por la reflexión y la autonomía. Para Deleuze "la subjetividad moderna pasa por la resistencia a las formas actuales de sujeción estatal, tales son: la individuación según las exigencias del régimen de poder establecido y la articulación funcional entre el individuo y una identidad determinada de *una vez por todas*" (citado en Guzmán, 2008: 8).

Es preciso pensar a lo social y al sujeto como partes del mismo entramado cuando se trata de imaginar lo que denominamos otros mundos posibles; en ese sentido, cuando piensa en nuevos órdenes sociales, digamos más críticos, reflexivos, es necesario insistir en que ellos deben propiciar la configuración de sujetos de esta misma naturaleza. Según Castoriadis... nos encontramos aquí de una sola vez, portados por dos ejes. Por una parte, la creación histórico-social como tal, con la aparición de una forma de sociedad capaz de cuestionarse a sí misma, y, por lo tanto, la creación de una nueva forma de ser en el nivel

de lo histórico-social. Esto se amoneda por la aparición de las instituciones —incluso si no es más que un primer inicio del proyecto de autonomía— que se llaman democráticas: un espacio público, una memoria pública accesible a todos, la posibilidad del diálogo abierto, pero también, y sobre todo, la creación de instituciones entre las instituciones sociales, que apuntan a producir individuos capaces de reproducir esta forma de sociedad, a saber, individuos libres, cuestionantes, y no individuos sujetos (en el sentido monárquico del término). (2002: 273)

Desde esta perspectiva, es importante entender la multidireccionalidad de los procesos culturales y sus diferentes lógicas de articulación, asuntos cada vez más cruciales en las sociedades contemporáneas, marcadas por el cruce de culturas que propician múltiples formas de subjetivación y de agenciamiento social. Así, en los procesos de formación y aprendizaje social se requiere romper con las reificaciones que cada sociedad ha instituido en torno a sus componentes y mecanismos culturales, al señalar su génesis social e histórica y, en esta misma medida, la plausibilidad de su modificación, así como el reconocimiento de *estructuras* culturales diferentes a los de la sociedad o grupos donde han nacido los individuos y a partir de los cuales estructuran sus propias experiencias y se conforman como sujetos.

En este orden de ideas, considero que el tener experiencias que permitan a los seres humanos des centrarse de sus culturas de origen trae como contraparte comprender la contingencia de nuestras representaciones culturales, siempre sujetas a marcos particulares, para avizorar la emergencia, la existencia fáctica de la diferencia. La extrañeza que experimentamos frente a expresiones culturales diferentes a las nuestras nos puede ayudar a familiarizar con la idea de la multiplicidad de lo cultural como una característica de la actual naturaleza humana.

Existen tantas culturas como sociedades y, en ese sentido, en lugar de interpretar al otro como el extraño del cual me separa una frontera infranqueable, es preciso vivirlo como el próximo diferente de mí y con quien tengo el deber de construir puentes de inteligibilidad, que nos permitan convivir dentro de marcos de diálogo, autonomía y justicia social. Así, Todorov, aludiendo a su experiencia como inmigrante en Francia, una de las marcas más fuertes de los sujetos en las sociedades contemporáneas, la de la inmigración y los desplazamientos, señala la multivocidad de dicha vivencia y los aprendizajes que en la reflexión sobre ella se podrían resaltar. En sus palabras:

El hombre desarraigado, arrancado de su marco, de su medio, de su país, sufre al principio, pues es más agradable vivir entre los suyos. Sin embargo, puede sacar provecho de su experiencia. Aprende a dejar de confundir lo real con lo ideal, la cultura con la naturaleza. Pero si el hombre desplazado logra superar el resentimiento nacido del desprecio o de la hostilidad de sus huéspedes, descubre la curiosidad y aprende la tolerancia. Su presencia entre los 'autóctonos' ejerce a su vez un efecto desarraigante: al perturbar sus costumbres, al desconcertar por su comportamiento y sus juicios, puede ayudar a algunos de entre ellos a adentrarse en esta misma vía de desapego hacia lo convenido, una vía de interrogación y de asombro. (Todorov, 2008: 29)

Estas reflexiones que tienen un resorte más de carácter emocional pueden ser complementadas para concluir con otras que nos devuelven a los planteamientos iniciales de este ensayo, en torno a la importancia de considerar la polisemia de los conceptos y la multiplicidad de formas para nombrar ciertos fenómenos, teniendo en cuenta que las palabras tienen una génesis social e histórica y que, en este sentido, es preciso alertarse respecto a todas las formas posibles de su reificación.

Así, termino de la mano de Scott, quien a propósito de su reflexión sobre el concepto de experiencia y a su insistencia en que no debe tomarse como una categoría transparente, extiende esta advertencia de manera magistral a todas las articulaciones entre “las cosas” y sus formas de nombrarlas, frente a lo cual propone una nueva perspectiva:

Una manera de cambiar el enfoque y la filosofía de nuestra historia, de una empeñada en naturalizar la “experiencia” mediante la creencia en una relación no mediada entre las palabras y las cosas, a una que tome todas las categorías de análisis como contextuales, disputadas y

contingentes. ¿Cómo es que las categorías de representación y análisis —como la clase, el género, las relaciones de producción, la biología, la identidad, la subjetividad, la agencia, la experiencia, incluso la cultura— han logrado su estatus como fundamentos? ¿Cuáles han sido los efectos de sus articulaciones? ¿Qué significa para los historiadores estudiar el pasado en términos de estas categorías, y para los individuos pensar en sí mismos en estos términos? ¿Cuál es la relación entre la notoriedad de estas categorías en nuestro tiempo y su existencia en el pasado? (Scott, 2001: 71)

Literatura citada

- Castoriadis, C.** (2002). *Sujeto y verdad en el mundo histórico y social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Connerton, P.** (1989). *How societies remember*. London: Cambridge University Press.
- Cruz, M.** (1996). *Tiempo de subjetividad*. Barcelona: Paidós.
- (2000). Tiempo de narratividad (el sujeto, entre la memoria y el proyecto). *Quaderns de Comunicació i Cultura*, (25), 23-40.
- Cuche, D.** (1996). *La notion de culture dans les sciences sociales*. Paris: La Découverte.
- Foucault, M.** (1997). *Historia de la sexualidad II: el uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI.
- Garza, E. de la** (2001). Subjetividad, cultura y estructura. *Revista Iztapalapa*, (50), 83-104.
- Guiddens, A.** (2003). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guzmán Marín, F.** (2008). Michel Foucault: el pensamiento de la contingencia. *Revista Observaciones Filosóficas*, (6). Recuperado el 8 de octubre de 2009, de <http://www.observacionesfilosoficas.net/michelfoucaultelpensamiento.htm>.
- Halbwachs, M.** (1994). *Les cadres sociaux de la memoire*. París: Albin Michel.
- (2008). La memoria colectiva. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Herrera, M. C.** (2006). Constitución de identidades: políticas públicas y reformas educativas. En M. Narodowski, H. Ospina y A. Martínez Boom (comps.). *La razón técnica desafía a la razón escolar*. Manizales: Noveduc-CINDE-Universidad de Manizales.
- Jelin, E.** (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laverde, M. C.; Daza, G. y Zuleta, M. (eds.)**, (2004). *Debates sobre el sujeto*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Morán, M. L.** (2003). Aprendizajes y espacios de la ciudadanía: para un análisis cultural de las prácticas

- sociopolíticas. *Iconos, Quito*, (15), 31-43.
- Muñoz, G.** (2007). ¿Identidades o subjetividades en construcción? *Revista de Ciencias Humanas*, (37), 69-89.
- Nora, P.** (2004). *Las mareas de la memoria*. Recuperado el 12 de febrero de 2004, de http://www.projectsyndicate.org/commentaries/commentary_text.php?id=621&lang=2&m=series.
- Reguillo, R.** (1999-2000). Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Universidad de Guadalajara*, (17), dossier investigación cualitativa en salud. Recuperado el 27 de agosto de 2003, de <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug17/4anclajes.html>.
- Reinhart, K.** (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos*. Barcelona: Paidós.
- Ricoeur, P.** (2001). Del texto a la acción. En *Ensayos de hermenéutica II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2002). *La historia, la memoria, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rossi, P.** (2003). El pasado, la memoria, el olvido. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rubio, G.** (2007). Educación y memoria: desafíos y tensiones de una propuesta. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 15 (1), 163-175.
- Sarlo, B.** (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scott, J.** (2001). Experiencia. *La Ventana*, (13), 42-73.
- Serna, J. y Pons, A.** (2005). *La historia cultural: autores, obras, lugares*. Madrid: Akal.
- Todorov, T.** (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- (2008). *El hombre desplazado*. Buenos Aires: Santillana.
- Valerio Diniz, M.** (2005). *Estructuralismo y subjetividad en la obra de Paul Ricoeur: ¿un dialogo posible?* Tesis de doctorado en Filosofía, Tecnología y Sociedad. Madrid: Universidad Complutense.
- Vanegas, G.** (2002). *La institución educativa en la actualidad: un análisis del papel de las tecnologías en los procesos de subjetivación*. Tesis doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona.